



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: China y América Latina: ¿para quién amanecerá mañana?

Autor: Chen Jun, Liu

Forma sugerida de citar: Chen, L. (1997). China y América Latina: ¿para quién amanecerá mañana?. *Cuadernos Americanos*, 5(65), 167-175.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 65, (septiembre-octubre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## CHINA Y AMÉRICA LATINA: ¿PARA QUIÉN AMANECERÁ MAÑANA?\*

POR LIU CHENG JUN  
INSTITUTO DE AMÉRICA LATINA,  
BEIJING, CHINA

1

POR FIN puedo poner punto final a este manual, después de una discontinua redacción en los últimos años. Mientras escribía, me enriquecía otra vez con la historia de América Latina. No me atrevo a decir que he cumplido el objetivo esperado, pero sí a decir que me he entregado totalmente al trabajo. Tenía que escribir sucesos históricos, tanto los consabidos como los poco conocidos para el lector chino; tenía que escribir sobre las ideas —lo que me parece más importante que los hechos históricos—; aún más, tenía que dar un sólido soporte técnico para apoyar las ideas, examinando con toda atención cada referencia y la traducción. Frente a quienes inventan cuentitos sentimentales con la ligereza del juego, quienes buscan expresiones bellas para falsificar la pasión sin gastar su propia energía, quienes saben establecer una lógica literal recurriendo solamente a la inteligencia, sin el temor de una gran responsabilidad ante la historia, sentía las manos pesadas al manejar la computadora.

Estaba muy cansada.

Un día, mi joven hija me dijo de repente al ojear algunas páginas que he escrito sobre José Martí: “Mamá, usted siempre dice que si yo hubiera vivido en su época habría sido una idealista; escúcheme, mamá, aprenderé el español, iré a los países pobres a apoyarlos!”. Desde entonces crecía en mí una responsabilidad más sentida, escribía tomando inconscientemente a mi hija como el primer lector,

\* Epílogo del libro *El dolor fértil. Apuntes sobre América Latina*, de la investigadora china.

corregía constantemente mi estilo imaginando su reacción. Esperaba que los futuros lectores tan jóvenes como ella también pudieran comprender lo que pensaba.

En la redacción he dejado definitivamente el uso de la neutral palabra "autora". No soy "la autora", sino un papel más en la historia que estoy relatando. Llevo muchos años trabajando en una institución académica; sin embargo, el ambiente académico aún no me ha acostumbrado a usar en la redacción esta palabra, palabra al parecer elegante y modesta en chino. Los correctores de estilo han "matado" no pocas veces el "yo" en mis escritos, y han puesto en su lugar la expresión "la autora". Esta experiencia me hace reír a veces.

Hoy por fin me siento liberada y tengo una clara conciencia: mi estilo debe reflejar el camino que he tomado.

Escribía ordenando la larga historia de un gran continente, pero al ponerla en orden, seleccionaba los datos históricos que me parecían más importantes. Describía a unos pueblos con quienes no comparto ni la misma sangre ni la misma historia, pero en la relación, mi corazón latía al compás de cada alegría y cada dolor suyo. Me hacía preguntas políticas y culturales difíciles de responder, pero al exponerlas he expresado claramente mis afirmaciones y negaciones básicas.

Descifrar la historia de una manera determinada también es un significativo modo de pensar. Según mi entendimiento, ésta es una importante enseñanza de Leopoldo Zea, reconocido pensador latinoamericano. Por lo tanto, no repito simplemente en mi libro la historia ya relatada por los demás sino que la interpreto de la manera que me parece correcta.

Tal vez el resumen que así hice sobre América Latina sea incompleto; por ejemplo, en "Izar nuestro propio pabellón", capítulo tercero, sólo he presentado ejemplos de algunas áreas culturales. No obstante, preferiría pecar de esta deficiencia antes que caer en la repetición o en la acumulación de datos sin ideas. Tal vez mis lectores lamenten que este libro carezca de la cobertura de una enciclopedia de bolsillo, o que falten algunos acontecimientos y personalidades importantes. Sin embargo, creo que atraviesa mi libro un itinerario de pensamiento. Asumiendo que mi libro tiene un carácter de síntesis y de introducción, espero que sea antes que nada una introducción de ideas.

Diría que ésta es mi metodología.

Después de aclarar este punto de partida subjetivo, quiero decir también que he tratado de hacer una descripción lo más completa y

clara posible sobre América Latina: la agresión y el coloniaje de los occidentales, la evolución del humanismo dentro del catolicismo, la conformación y la prosperidad del pensamiento latinoamericano, los principales sucesos y personajes políticos, el arte auténtico y los representantes literarios, el intelectual latinoamericano que refleja el espíritu propio de los países pobres del Tercer Mundo, la idiosincrasia y el carácter de los pueblos, así como el ambiente geográfico, la historia primitiva, los idiomas, el contexto cultural, la estadística y la filología. Estaré satisfecha si este librito sirve como introducción, aunque selectiva y basada en mi juicio, siendo al mismo tiempo sintética, correcta y positiva.

## 2

TRAS entregar el manual, me parece tener todavía mucho por decir. Hubiera preferido hablar directamente con la gente, revelando todas mis experiencias íntimas.

Está muy claro para mí que este cambio que he escogido tiene un comienzo muy lejano.

En 1972, entré al Instituto de Lenguas Extranjeras llevando conmigo el olor del ganado, de la hierba y de la inmensa pradera de Mongolia Interior. Todavía mantenía cierto aire "bárbaro", sentada sobre la mesa del comedor estudiantil ante la mirada de los presentes, absorta y embriagada por la melodía de Las Milicianas de la Pradera transmitida por el altavoz del comedor, sin darme cuenta de qué estaba comiendo. Veinte años después, comprendo que fue precisamente ese espíritu "bárbaro" el que me ayudó a guardar la sencillez esencial ante la ofensiva de la "civilización".

Me refiero a los tres años de vida en el campo en la década de los sesenta.

Era una época especial. Aprendimos un lenguaje desconocido y nos acercamos a una cultura extraña por un camino totalmente diferente del académico. Posteriormente, gracias a esta experiencia valerosa, pude darme cuenta una y otra vez de las desviaciones en mi larga trayectoria de "investigadora" y regresar al camino correcto. Incluso en el mismo proceso de la redacción de este libro, el recuerdo de ese pasado lejano sigue ayudándome a comprender algunos asuntos importantes. Por ejemplo, al explicar la actitud de Las Casas hacia la civilización indígena, me acordaba de los debates entre los "jóvenes instruidos" (término que definía a los alumnos secundarios que fueron al campo durante la Revolución Cultural).

Claro, el tema era entonces “la actitud correcta para tratar a los pastores”. Al reflexionar sobre las relaciones estrechas entre el intelectual latinoamericano y su pueblo, podía pensar en un “pueblo” vivo en vez de un “pueblo” conceptual, gracias a la experiencia conseguida en aquella inmensa tierra.

Difícilmente podré olvidar algunos detalles de la convivencia con el pueblo de la pradera. He aquí un pequeño ejemplo. Pocos días después de nuestra llegada a la pradera, caí enferma con fiebre alta por una inflamación de las amígdalas. Estaba acostada sobre un colchón de lana dentro de la tienda mongola. La madre mongola de nuestra gran “familia” entró, se acostó a mi lado, con su mejilla pegada a la mía; las dos todavía no podíamos dialogar porque yo no había aprendido el mongol y ella no tenía medio alguno para curarme. Su acción era solamente una muestra de cariño. El año pasado, cuando volví por segunda vez a verla, sus hijos y sus nietos celebraron para mí una velada de canciones folklóricas. Flotaban en la tienda las viejas melodías que siempre me embriagan. La madre, igual que antes, apoyaba su cabeza sobre mi hombro, apretaba mi mano con la suya y lloraba en silencio... ¿Es éste un asunto ajeno a mi libro sobre América Latina? No importa qué piensen algunas personas sobre esto, siempre creeré que las dos cosas están muy relacionadas; incluso creo que sin ese importante punto de partida este libro nunca habría podido nacer.

En este libro cito la famosa canción de la cantora chilena Violeta Parra: “Gracias a la vida, / que me ha dado tanto...”. Si muchos autores tienen la costumbre de enumerar en el epílogo los nombres de quienes les han ayudado, daría las gracias primero a la vida, antes de agradecer sinceramente a todos los que me han dado ayuda.

No pude confirmar este camino por el que estaba marchando hasta alcanzar la edad mediana, cuando recibí una decisiva orientación. Ahora estoy convencida de que éste es el camino más correcto para acercarme a la verdad y a la conclusión científica. Siento haber alcanzado esta conciencia demasiado tarde para salvar lo perdido. Debería haber escrito en este libro, en lugar de impresiones sacadas de la lectura, más experiencias vivas: recorridos, conversaciones y mi propia participación. Cuando mi hija empieza a tener su propia vida, espero que tome este camino desde el inicio, camino más acertado pero seguramente más difícil; primero hay que vivir como un ser humano no enajenado, y después trabajar desempeñando un papel en la sociedad.

¿CUÁL es el mensaje que quiero transmitir al lector con este libro? En este mundo, hay pueblos que viven y piensan de manera diferente a la nuestra, diferente a la forma idolatrada y de moda en el mundo actual. Esa gente no es rica, no tiene un gran poder que la apoye, todavía no ha triunfado en todos los frentes; y sin embargo, lo valioso de esa gente es precisamente su valor para despreciar lo que todavía no tiene.

¿No será que desde su incubación y nacimiento hace 500 años, estos pueblos de sangre mezclada están llamados a cumplir una sagrada misión, la de establecer el reino justo y bello en este mundo?

La historia lo afirma de una manera dialéctica.

Cristóbal Colón se creía enviado por Dios para divulgar el Espíritu Occidental, pero la avaricia del colonialista le quitó su máscara civilizadora. Sin embargo, la nueva raza nacida con su llegada a América creó misteriosamente un nuevo espíritu que ha reunido en sí cualidades de diversas razas.

El occidental insiste en llamar "Nuevo Mundo" a América, continente poseedor de una historia propia. El latinoamericano rechaza este término colonialista; no obstante, está construyendo un Nuevo Mundo en lo espiritual.

El latinoamericano rechaza el viejo orden representado por Europa, y también rechaza el nuevo modo de vida encarnado por Estados Unidos. Desde el ángulo espiritual, los Estados Unidos de América no pertenecen al Nuevo Mundo.

No abandonar los ideales ni en la situación más desfavorable; no entregarse ni siquiera en el fracaso: éste es el gran desafío. Se requiere un baluarte interno. El latinoamericano tiene esta fuerza.

Ésta es la fe traducida en la esperanza y el amor.

Éste es su idealismo.

Éste es su "utopismo", ironizado por el mundo en que vivimos.

La utopía es lo ausente, lo irrealizable, y el espíritu utópico es, por lo tanto, una actitud de vida, que podría describirse con una clásica expresión china: "realizar lo irrealizable". En general, al que está en el poder, al que está bien adaptado a la sociedad, le molesta este espíritu porque se parece a una bomba que destruye el estereotipo y el conservadurismo. El latinoamericano ama este espíritu; para él, si desaparecen de la vida las posibilidades de crear algo nuevo y romper el silencio, la vida misma pierde todo sentido.

De hecho, el hombre siempre puede encontrar alguna manera para hacer de lo utópico una realidad. Sin hombres como Bartolomé de Las Casas, habría habido una sola forma de leer la historia de la "conquista"; sin hombres como el Che Guevara, no habría más héroe que Superman; sin el presidente Salvador Allende, quien murió cumpliendo su función hasta derramar la última gota de sangre rodeado por un mar de fuego, la imagen de los presidentes en la vida política sólo habría sido la del politicastro... Ninguno de ellos ha alcanzado el triunfo definitivo en la historia política; sin embargo, todos han contribuido a la conformación de la historia del espíritu. ¿Quién se atreve a decir que sus ideales no pueden hacerse realidad algún día? ¿Acaso lo que he descrito en el capítulo tercero no son éxitos que han alcanzado y no son hechos reales?

Esta historia del espíritu es lo que trato de presentar en mi libro, y mi objetivo es explicar la razón de su formación. Creo que la razón nuclear debe buscarse en la idiosincrasia de estos pueblos, y la esencia de esta idiosincrasia es la dignidad humana. El caballero español de la Edad Media puso el honor y el amor por encima de todo. Las Casas luchó por defender la dignidad del débil. Los indios se negaron a soportar la humillación con el suicidio colectivo, la no procreación y el silencio secular de toda la raza. Al ver el escándalo provocado en un banquete por un participante campesino que bebió por ignorancia el agua para lavar las manos, José Martí tomó el vaso con calma y bebió el agua también: así protegió el respeto propio del hombre. Para el Che Guevara, la cualidad del revolucionario y del hombre íntegro tienen la misma altura. El espíritu revolucionario radical y la fuerza de la personalidad hacen del Che una encarnación de la dignidad humana. Esta dignidad se nutre con la sangre de estos pueblos, que no se sujeta al cambio ideológico ni a las vicisitudes de la política. Si un pueblo puede heredar y legar esta sangre, algún día alcanzará su meta histórica, no importa cuántos reveses, emboscadas y esperas encuentre en su camino.

4

HAN pasado más de veinte años, pero no ha cambiado el carácter de mi trabajo con el español; sin embargo, mi comprensión sobre el mundo latinoamericano ha experimentado varias transformaciones. Para mí, América Latina ya no es solamente el paisaje fantástico, el rico folklore y la literatura extraordinaria; América Latina es un mundo vivo donde los pueblos aman, odian, lloran y rien igual que

el pueblo de mi patria. No sé si en el futuro seré capaz de escribir algo más sobre esta tierra, pero sé que no voy a convertirme nunca en una ‘especialista en estudios latinoamericanos’. América Latina no es un objeto de estudio. Sólo quienes cultivan con sangre y lágrimas esas tierras tienen derecho a ser tales especialistas. Si nosotros tenemos un mínimo sentido de respeto, por más que podamos, seremos solamente mensajeros para divulgar noticias sobre América Latina. No estoy segura de haber cumplido con este libro la tarea de un buen mensajero. Estoy esperando con mucha humildad las observaciones y las críticas de los amigos latinoamericanos y de los colegas chinos.

América Latina está a la vez muy lejos y muy cerca de mí.

Los problemas humanos que enfrentamos diversos pueblos del mundo son de la misma naturaleza, sin embargo, como dijo Martí, la patria es la parte de la humanidad que vemos de cerca y de la que hemos nacido.

La humanidad que veo de cerca es China, la tierra donde nací y vivo es China. Lo que más me preocupa es, por lo tanto, cultivar un espíritu sano en China. Espero que se limpie de nuestra psicología la escoria expresada en refranes como ‘Es preferible vivir de manera vil que morir heroicamente’, ‘Mientras que el rico siempre es arrogante, el pobre siempre es tímido’, y expresada en la política implícitamente entreguista de ‘salvar la patria por un camino zigzagueante’ durante la guerra contra la invasión japonesa.

¡Pero qué espíritu viril tuvimos!

Aprendí de memoria desde mi juventud un poema de Qiu Jin, heroína de la Revolución Burguesa de 1911, que me ha dejado un bello recuerdo y un constante estímulo: ‘No me duele gastar mucho dinero para comprar un sable precioso, vale la pena cambiar mi abrigo de piel por una botella de vino añejo, voy a guardar con cuidado esta sangre caliente en mis venas, para que al verterla se convierta en oleaje de sangre de mártires’. En el Museo de la Historia China hay una gran foto de algunos miembros capturados del movimiento antiimperialista de los Boxers antes de morir. Uno de ellos, harapiento y con el abdomen descubierto, mira con orgullo y desprecio la guillotina. Esa mirada se ha grabado en mi mente para toda la vida...

Sin embargo, todo esto lo están ‘desestructurando’ paso a paso. No comprendí ni comprendo cuál es la ‘desestructuración’ que la élite intelectual china quiere introducir en el país. Sólo veo que durante este proceso de frío y racional análisis, Qu Yuan,

poeta patriótico de hace más de 2000 años, está envuelto en ironías; Lu Xun, el abanderado del pensamiento progresista en la China moderna, es rechazado; el movimiento de los Boxers es clasificado casi unánimemente como una fuerza reaccionaria, conservadora e ignorante. ¿Quién sabe si algún día no van a ultrajar a Qiu Jin? Las venas de la madre China debilitada desde hace siglos están abiertas todavía. De esta manera, la armazón del gran edificio de la civilización china amenaza derrumbarse antes de empezar una profunda reforma política.

En los años ochenta leí una consigna en una pequeña ciudad de la provincia de Henan: “¡Aprendamos de los países extranjeros!”. En ese momento me pareció una consigna ridícula. ¿De qué país extranjero podíamos aprender? ¿Qué debíamos aprender de esos países? Muchos años han pasado desde ese momento. Ahora, al recordarlo, lo que me impresiona no es la ridiculez sino la gravedad de esta consigna: el hombre con una personalidad degradada no puede elegir sino un cambio degradante. Cuando contemplábamos por la televisión con admiración las escenas de la Guerra del Golfo donde los Estados Unidos pusieron a prueba en ataques reales sus armas más avanzadas, cuando hacemos caso omiso del hambre, la sangre y el dolor de África o de América Latina, cuando nuestras jóvenes se ponen a estudiar cómo conseguir otra nacionalidad casándose con extranjeros, cuando disfrutamos de las mediocres y tendenciosas “grandes películas” importadas, cuyo consumo no es muy diferente del consumo del opio en otra época, estamos abandonando nuestra propia cultura y maltratando nuestra propia vida.

De acuerdo con el pensamiento de José Martí, los patriotas son los que se preocupan por la dignidad de los demás. En este sentido, ofrezco a mi China este librito sobre América Latina, y lo ofrezco a los Abrahams chinos como una respuesta a sus gritos, a su perseverancia en los ideales y en la fe en esta tierra china.

Los dos mundos distantes, uno representando sin duda una de las civilizaciones más antiguas de la humanidad, otro tal vez una de las culturas más jóvenes en el mundo. ¿Quién podrá conservar encendida la llama y transmitirla a las generaciones venideras?

China, esta civilización milenaria, sólo cuando consiga una nueva vida espiritual, sólo cuando sus hijos se despidan con orgullo del servilismo, que es un parásito de la estructura burocrática, sólo cuando cada uno de los chinos recupere su dignidad y su personalidad, habrá un verdadero despertar del león dormido y un promisorio mañana.

Mañana: ¡una palabra mágica! Mañana, un nuevo horizonte se desplegará ante nuestra mirada; mañana, un nuevo sol nacerá para nosotros. Mañana representa la incógnita y la posibilidad. Mañana incuba la esperanza y el futuro.

En este último momento del viejo siglo, acaso no debemos preguntarnos: ¿para quién amanecerá mañana?